

UN SUPUESTO PINO DE COREA CON CINTILLAS DE COLORES

Johanna Pino Quiceno

Periodista de la Universidad de Antioquia.

En el mundo hay más de cien especies de pino. Según la Real Academia de la Lengua Española el pino es un “árbol de la familia de las Abietáceas, con las flores masculinas y femeninas separadas en distintas ramas. Tiene por fruto la piña, y por semilla el piñón. Su tronco, elevado y recto, contiene trementina; las hojas, muy estrechas, puntiagudas y punzantes, persisten durante el invierno y están reunidas por la base en hacecillos de a dos, tres o cinco. De las muchas especies que se conocen, solo seis hay silvestres en España, todas con las hojas reunidas de dos en dos”.

Los pinos pueden ser como una maleza, los encuentras en cualquier parte, pues su capacidad de sobrevivencia en cualquier territorio les permite crecer en las tierras áridas, no desérticas, y en invierno, bajo temperaturas extremadamente frías. Dicha resistencia a todos los climas se refleja en la producción de su madera, la cual es explotada en la elaboración de mesas, sillones, repisas... Vaya fíjese, quizás el comedor de su casa esté hecho con madera de pino.

Sin embargo, a pesar de ser los pinos unos sobrevivientes de hace más de cincuenta millones de años, ahora hay algunos que ven su existencia en peligro, como lo es el *Podocarpus oleifolius*, más conocido como pino colombiano, y en algunas zonas como “chaquiro”, “hayuelo” y “pino romerón”. Se encuentra desde la Sierra Nevada de Santa Marta hasta en el sur del país. De altura puede alcanzar los cuarenta metros.

Camilo Pino es uno de esos pinos colombianos. Él no es un árbol humanizado, ni un árbol con nombre de humano. Camilo es un hombre que nació en 1931, exactamente el 4 de julio de 1931, en San Andrés de Cuerquia, Antioquia. Resultado del compromiso establecido entre José Pino y Clara Jaramillo.

Camilo fue trasplantado hasta San José de la Montaña, y a pesar de que el nombre remite a un espacio ideal para un Pino, él se sintió con poco espacio para extender sus raíces. No eran muy largas, no como las de un *podocarpus oleifolius*, Camilo apenas alcanzó un metro con setenta y ocho centímetros de estatura. Igual, se quedó corto, y a sus 18 años decidió presentarse en la Marina y en la Fuerza Aérea. Sus ansias no estaban encaminadas en la defensa de un país, sino en la conquista de una profesión: la medicina.

Este Pino, que a 2014 ajusta 83 años de vitalidad, energía y agilidad, quería ser médico, y tenía la certeza de que si se quedaba en el pueblo no lo podría lograr. Ninguna institución le generaba más tensión que la otra, salir de allí era lo que buscaba su mente, pasar era su objetivo, a la primera, a la que fuera.

Llegó la aceptación de la Marina. Se fue para Cartagena. El 14 de noviembre de 1949 ingresó como grumete, así se inicia un marinero. Y así inició él. Crecer allí no fue fácil, afirma. “Levantarse temprano, hacer ejercicio, cumplir las órdenes, estudiar, obedecer, asentir con la cabeza. Yo era uno de los más aplicados, por eso con otros igual de aplicados a mí formaron una compañía. Era la compañía de los mejores”.

Sin embargo, a un año de haber ingresado a la Marina una guerra se libraba al otro lado del mundo, en un lugar que no había llegado a escuchar nunca antes, del que no sabía absolutamente nada, del que le podían decir cualquier cosa y él la creería. Una cosa en común: allí también había un Pino. Bueno, cientos sembrados en varios rincones del país: el Pino de Corea. En esto se convertiría Camilo Pino.

Llegaba 1950, y con él el cambio de rumbo. Otra trasplantada. Había pasado un año desde que Camilo Arturo Pino Jaramillo se enlistó en la Marina con el sueño de poder estudiar medicina. Cuando estaba a unas cuantas marchas más, a unas cuantas flexiones más de escuchar aquella pregunta “¿cuál es la formación que desea continuar?”, el rumbo cambió.

Esa no fue la pregunta que escuchó de su Almirante. No. Por el contrario, lo que escuchó fue “¿Quién desea representar a Colombia y apoyar a Corea del Norte en la guerra que actualmente enfrenta?”. Cinco de sus compañeros dieron un paso al frente. Él se quedó inmóvil. Frente a esta solidaridad, el Almirante decidió que todos irían: “¿Solo cinco, nadie más quiere? Pues alisten todos papel y lápiz para que escriban una carta de despedida a sus familias. Todos van para la Guerra de Corea”.

Él hizo lo que le ordenaron, como lo venía haciendo desde hacía un año. Escribía a su familia que iría a la Guerra de Corea, en su mente se escribía así: “Voy para la ¿Guerra de Corea?”.

Su sueño, aplazado.

Como si se le hubiera encomendado la tarea de vivir o estar de paso donde viven todas las especies de Pino, Camilo tuvo que viajar primero a Estados Unidos. Allí los “gringos nos dieron un entrenamiento militar para reforzar lo aprendido en Colombia y luego nos enviaron a Hawai para aprender de la guerra subacuática un poco más. Listos, eso dijeron. Ya están listos para la guerra”.

A pesar de que los pinos son juzgados por abarcar amplios terrenos y perjudicar el suelo para impedir el crecimiento de algo más a su lado, Camilo permitió que varias mujeres lo acompañaran en su travesía. En Cartagena tenía quién lo quisiera. Así mismo, en Estados Unidos: recuerda a una hermosa mujer que viajaba para recogerlo en sus días de descanso y llevarlo a su casa. “Era un viaje de horas manejando carro; si ella lo hacía, era porque me quería”.

En Corea también tuvo una “novia japonesita”, dijo. ¿Le creemos? Pues si observamos la foto en el carné para identificarse como Grumete, veríamos a un joven que tendría con qué. Hoy en día, su esposa Berenice lo confirma sin sonrojos: “es que Camilo estaba muy bueno... eh ave maría”, y suelta una mueca que quiere dejar entrever sus dientes pero cuyos labios se esfuerzan en no dejar. Hay también una mirada fija hacia Camilo, como queriendo traer a sus mentes aquellos “años mozos” en que se conocieron. Él también sonríe convencido de lo que era, un hombre muy guapo.

Imagínenselo: alto, blanco y fornido —el entrenamiento militar lo había hecho pasar de su flacura escuálida a un cuerpo definido en músculos—, cejas pobladas, ojos color miel que transmitían serenidad y seriedad al mismo tiempo, y labios delgados decorados con un pequeño bigote. Una quijada cuadrada que le daba el toque final a su masculinidad. Su solo rostro, sin él tener que esforzarse, era un pequeño coqueteo para cada mujer. ¿O a quién no le seduce un pino grande y corpulento?

Al mirar los ojos de Camilo, en el momento que me cuenta una de sus tantas historias, veo una especie, un retrato familiar, unos ojos llenos de vida vivida. Soy sobrina de Camilo y él en su conjunto, sus ramas, sus escamas, sus ojos, sus raíces, me llevan a pensar en otros de su familia. No lo conocía. Por eso me siento maravillada al ver en sus ojos, los ojos de la abuela Clara, los ojos de la tía Evelia, recientemente fallecida, los ojos de mi tía Georgina y los de mi padre. Siento un pequeño alborozo en mi pecho, en mi estómago. Mi mente se dispersa, me aísla de su relato.

¿Cómo llegué a conocer este Pino? Era yo otra especie, algo así como que pertenecíamos a la misma familia pero éramos diferentes especies de pino. Supongamos que si él es un pino colombiano, yo soy un Pino pátula, o *pinus pátula*, una especie exótica introducida en el país. Si bien él es un pino endémico, yo nací del cruce entre Jorge Pino y Ana María Quiceno. Por eso podría ser esta especie exótica que ocupa el tercer puesto entre las cinco especies exóticas más empleadas en el país, y el quinto lugar entre las 43 especies forestales más utilizadas. Colombia es el mayor oferente de la región andina de Pino pátula.

Como hay tantos Pino, recuerden, más de cien especies, el conocer a la familia ha sido difícil, tanto más cuando mi llegada estuvo marcada también por la

desaparición de aquello que los unía: el negocio familiar. Yo llegué en 1990 a formar parte de los Pino, con un añadido, yo soy una Pino Quiceno. Los Pino, hijos de Clara y José, eran en total 21. Camilo fue el tercero y mi padre el 21. La diferencia de edad es de más de 20 años entre uno y otro. Por eso también la distancia de amor, conocimiento y preocupación por el otro.

De todos mis tíos apenas tengo presente a unos cuantos, porque vivían donde la abuela o porque uno era mi padrino, o porque era buenas migas con mi papá. Era, porque todo en estos momentos de sus vidas ya está en pasado. Ahora cada uno vive en su propia burbuja y se llaman en alguna fecha especial. Por eso cuando llamé a Camilo su reacción no pudo ser más que de extrañeza.

Estaba en mi oficina, trabajando. Me paré de golpe y me dirigí al teléfono, con algo de incomodidad por factores externos e internos. Externos: la secretaria al frente del teléfono, seguramente escucharía lo que diría a continuación. Internos: ¿si no me reconoce?, ¿si me dice que no quiere contarme su historia?, ¿le digo tío o Don Camilo o Camilo? Marqué el número. Tres timbrazos y:

—¿Aló?

—Buenas tardes, ¿Berenice?

—Sí, ¿con quién hablo?

—Con Johanna Pino, la hija de Jorge Pino. ¿Cómo está?

—Muy bien, muchas gracias —en un tono brusco, seco, frío.

—Berenice, le pregunto, ¿el tío Camilo está por ahí? —¿tío Camilo?, ¿lo siento tío?

—Sí, ya se lo paso.

—Gracias, hasta luego.

—Hasta luego.

Se aleja del teléfono. Escucho sus pasos. Hay un diálogo. Mi cerebro tenía trabajo desde todos los ángulos: estaba emocionada, pensaba, sentía, vibraba. Subo el volumen del teléfono para alcanzar a escuchar lo que allí sucede. Los espacios, vestuarios, rostros y testigos los dejé a mi imaginación.

—Yo no sé cuántos hijos tuvo Jorge, vaya conteste la llamada.

—¿Sí?, buenas —su voz ronca, temblorosa y disfónica.

—Hola Camilo —no fui capaz de antecederlo ni con un Don ni con un tío—, habla con Johanna Pino, la hija de Jorge Pino, algo así como su sobrina... ¿cómo está?

—Sí, muy bien. Muchas gracias.

-Ah bueno, me alegra. Le parecerá extraña mi llamada, ¿cierto?

—Sí, efectivamente. Cuénteme —hace una pausa, y enseguida su tono de voz pasa de la novedad a la tristeza—, ¿es una mala noticia?

Su pregunta me hizo abrir los ojos, y darme cuenta de lo que para él podría significar la llamada de una sobrina que no conoce. ¿Pensó en la muerte de su hermano? ¿Pensó en la muerte de mi papá? Se me sobrecogió el corazón.

—No —sonreí—, lo llamo para saludarlo y preguntarle un par de cosas.

—Ah bueno, está bien. Cuénteme en qué le puedo servir.

Le expliqué la razón de mi llamada. Respondió de la manera como mi mente en sus miles de cruces de respuesta nunca había contemplado.

—¡Claro, no hay problema! Yo por ahí tengo la foto de los 184 tripulantes que viajamos a Corea. Y otras, no muchas porque yo le regalé casi todas las fotos a Evelia y yo no sé qué hizo con ellas.

—¡Listo Camilo! Entonces dígame, ¿le parece bien este sábado a eso de las cuatro?

—Sí señorita, está bien.

—Bueno, dígame la dirección de su casa para llegar.

—¿Usted en qué se transporta?

—Mmm, pues por facilidad, en el metro.

—Yo la recojo en la estación Envigado, costado sur.

-Bueno señor, muchas gracias.

—¿Cómo nos identificamos?

—Yo creería que soy capaz de reconocerlo porque lo he visto en algunas fotos familiares.

—¿Usted cómo es?

—Alta, morena, pelo negro, largo...

—Hagamos una cosa, cada uno lleva un sobre en la mano izquierda.

Pensé: y por qué en la izquierda, por qué no simplemente en la mano.

—¿En la mano izquierda? —repliqué.

—Sí, en la mano izquierda.

—Listo, Camilo. Yo lo vuelvo a llamar el viernes para confirmar nuestro encuentro, ¿le parece?

—Está bien, señorita. Que esté muy bien.

—Hasta luego.

Respiro, sonrío.

Allí estaba con un sobre blanco, y yo, con un sobre de manila. Hechos quizás con madera de Pino colombiano y/o Pino pátula. Me llevó hasta su casa por el mismo camino que toman los colectivos del metro. Buen indicio, pensé, me está diciendo que puedo volver cuando quiera. Lo empecé a mirar con cierta ternura, con un sentimiento de especialidad que la vida me había regalado. Pensé en que tal vez esa guerra lo hubiera convertido en un mito dentro de la familia y yo no estaría allí, ni aquí, en ese instante.

Volví a él y a sus historias fantásticas en Corea. Algunos increíbles, pero he aprendido que no hay nada más increíble que la vida misma con sus coincidencias y casualidades. En Corea también hay pinos, aparte de mi tío Camilo, ya le digo tío sin problemas. El Pino de Corea puede alcanzar los doce metros de altura y aguantar temperaturas hasta de -50°C.

Temperatura cercana a la que tuvo que soportar Camilo cuando estuvo en el paralelo 38 como motorista o artillero en la Fragata Almirante Padilla y Capitán Tono. En estos dos buques de guerra se le disparó al “supuesto” enemigo de Corea del Norte. “Yo disparaba a esa pobre gente”, y su rostro se torna en un signo de interrogación, la mirada se pierde y vuelve a la historia.

Camilo soportó temperaturas de hasta 42° bajo cero. Cerca de las costas de Hwaseong, él pudo adelantar estudios de inglés, dice. En su tiempo libre, cuando ya no tenía que estar atento al enemigo, Camilo se dedicaba a estudiar inglés, siempre le gustó, y hoy todavía lo hace. Ya me ha regalado tres libros.

Su música favorita era en inglés, así se relajaba y al mismo tiempo estudiaba. Imagínense en medio de la guerra, flotando en el mar, atento a lo que pueda

provocar el enemigo y usted escuchando música a base de piano y acordes suaves... ¿cuál es la canción que más le gusta o que más recuerda de aquella época?

Sonríe. Lleva sus ojos al cielo. “Una que dice: luna azul, tú eres la única que me comprende”. Es Blue Moon, escrita por Lorenz Hart y Richard Rodgers en 1934, 16 años antes de que él se encontrara en esa situación. Después fue interpretada por Frank Sinatra, cantante que también le gusta, y por Elvis Presley. Blue Moon traducida al español dice: “Luna azul, tú me viste solitario, sin un sueño en mi corazón, sin un amor solo mío. Luna azul, tú sabías para lo que yo estaba allí. Tú me escuchaste rezar por alguien a quien cuidar”.

Tal vez él y la luna sabían por qué y para qué estaba él allí. Buscaba lograr ser lo que desde pequeño en una tierra ya lejana y tal vez desconocida para él soñó. Estando en el paralelo 38 le tocó una de las experiencias más duras vividas allí. Alza sus brazos, bastante largos, su boca se entreabre un poco más, al mismo tiempo que sus ojos empiezan a revolotear de un lado a otro. Parece que aquel instante volviera a él, y los 65 años de más se perdieran.

Las olas se aproximaban, golpeaban fuerte aquel bote de guerra, alcanzaban los tres metros de altura, dice él. Se iban de un lado a otro, al ritmo que marcara el mar. “Soportábamos un pequeño tifón con olas aproximadas de tres metros de altura, y la tremenda fuerza de las gigantes. Desatan un barril que contiene unos 500 kilos de carga explosiva. El barril jugueteaba por encima de las altas olas y amenazaba con estrellarse contra las cajas de las espoletas que estaban en la cubierta de la popa del barco”. Si chocaban, el barco desaparecería.

“Un oficial con varios marineros trataban de capturar estas mortales cargas que amenazaban volar el barco. Le sugerí al oficial que era muy peligroso tratar de recuperar la carga de explosivos en forma manual; era indispensable recurrir a expertos campesinos que tuviesen la habilidad del manejo del ganado vacuno con unas drizas o lazos gruesos”; o sea, enlazarlas y así atraparlas.

“No se prestó apoyo a mi sugerencia, al fin y al cabo era un artillero hablándole a un oficial. Él junto a unos ayudantes se lanzaron por las escalas hacia la popa del barco para capturar estas peligrosas cargas, con tan mala suerte que fueron azotados por las impresionantes olas contra la mampara del barco, con lesiones gravísimas. Uno se partió un brazo, el otro quedó mal en su espalda, yo no recuerdo si se rompió una costilla, en fin.

“El movimiento seguía, la lluvia no paraba, nuestros rostros se perdían entre los goterones que, uno seguido del otro, caían sobre nosotros. Era intenso el golpeteo de las gotas, el golpeteo del mar, el golpeteo de la carga, el golpeteo de mi corazón. Después de este funesto fracaso, se aplicó mi recomendación de enlazar con las cuerdas o drizas las potentes y peligrosísimas cargas que se utilizaban

para hundir submarinos, y así, intentándolo en numerosas ocasiones, lanzando la cuerda muchísimas veces para atrapar la carga, fue que logramos poner todo en orden. Estuvo en peligro la vida de todos. Durante tres días sentimos terror, no por perder la vida por un torpedo o una mina enemiga, sino de perderla en manos de la naturaleza. Ese fue el mayor susto que tuve, pero ahí me di cuenta de que ningún conocimiento es inútil. ¿Quién creyera que un hombre que en su pasado fue campesino nos salvaría la vida en las costas de Corea?”.

Apenas hemos mencionado un par de especies de pino, de más de cien que hay en el mundo. Este pino colombiano del que les hablo es un curioso. Tiene libros de inglés, la Biblia, libros de administración de empresas y de ayuda personal, rayados, o mejor dicho, subrayados con tintas de diferentes colores para diferenciar la importancia de cada frase.

Gracias a seis libros, tres tomos, de administración, este hombre se dedicó a la creación de diferentes empresas de seguridad. De algo le tenía que servir todo el entrenamiento recogido en nueve años, siete meses y un día de servicio en tiempo doble. Realmente él estuvo desde el 9 de noviembre de 1949 hasta el 26 de marzo de 1954, fecha en que se dio cuenta de que el sueño de ser médico se había perdido.

Después de dos años de estar en Corea regresó al país renunciando a lo que conocía. Entró como Grumete y salió como Suboficial Tercero Artillero. Por ello no tardó en renunciar a la Armada, ya había cumplido con la labor encomendada y quería apoyar su labor, la propia, la personal.

Dicen que donde crecen los pinos la tierra no queda sirviendo para sembrar algo más. Por eso Camilo regresó a Medellín, con el fin de darle uso a esa tierra que lo había visto crecer por primera vez. Allí con sus tomos en administración y su entrenamiento militar montó varias empresas de seguridad, no al mismo tiempo, sino en diferentes años. Cuando una no le daba resultados, sacaba otra. Cuando dejaba de dedicarse a ello, se hacía traductor. También quiso montar una empresa de aseo... y así, entre breves interrupciones de otras ideas, volvía la seguridad a su mente.

Compraba armas, vigilaba espacios, planeaba estrategias de protección. Tal vez por eso, ya innato en él, al momento de encontrarnos quiso que nos identificáramos por llevar un sobre en la mano izquierda. Intentó conseguir su propio sustento y el de su familia, la que logró conformar al lado de Berenice cuando ajustaba la edad de Jesucristo, como dicen por estas tierras antioqueñas para hablar de los 33. Paula, su piñón, su hija, llegó a su vida hace ya 36 años; y Lucho, el perro que te ruge en la primera visita, y en las últimas se te acuesta en las piernas a escuchar también las historias de su amo... del Pino que mejor sombra le da.

¿De qué le sirve a un Pino sobreponerse a las peores inclemencias climáticas, tener un tronco fuerte y crecer en cualquier espacio? Tal vez para lo mismo que le

servió a Camilo enfrentar un año de entrenamiento militar, viajar a otro país donde ni siquiera sabía por qué tenía que estar pendiente de asesinar al enemigo que le habían indicado era su enemigo. Para nada, para ser utilizado en madereras, para ser utilizado en la guerra.

Regresó sin nada, sin una pensión. No se la dieron en su momento, me cuenta él, porque solo se la daban a quien ganara menos de una cifra, y él se estaba consiguiendo sus pesos con mucho sacrificio, a veces dejando de pagar sus cosas para poder pagarles a los trabajadores que contrataba en sus nacientes empresas.

Apenas hace dos años que dejó de manejar un taxi por sus dificultades de salud, a pesar de sentirse bien, y de verse bien, puedo dar fe de ello. Detiene un momento la conversación para irse a escuchar sus noticias en inglés, no puede faltar. Lo espero. Me quedo con Lucho y con Berenice. Nos desatrasamos de la familia, le cuento de mis hermanos, de los que seguramente no se acuerda. Llega Paula a acompañar el momento y le hablo de sus primos, es decir mis hermanos, a los que no conoce. Trato de indagar y conocer lo que no he podido en estos 23 años que llevábamos alejados. Es difícil romper el hielo que se forma en la distancia, pero el calor de saberse familia empieza a desvanecerlo.

Regresa el personaje principal, la causa de este encuentro, de este acercamiento, y le pregunto: "Tío, ¿y entonces a vos qué te dejó la guerra?". "Pues a mí, me dejó los hermosos paisajes que conocí. Uno regresa de una guerra confundido, interrogándose mucho. Yo no entendía por qué se había expuesto la vida de tantos colombianos —pausa, mirada al suelo—. Al llegar me dieron dos reconocimientos". Uno, estrella de bronce por los servicios en la guerra Internacional, y una "Orden Naval Almirante Padilla en el grado de compañero por servicios distinguidos a bordo de la Fragata ARC. 'Capitán Tono', en el Lejano Oriente", dice en el papel con fecha del 9 de agosto de 1988. "Eso me dejó, unas cinticas amarillas y verdes". Sonríe con resignación.

Y así como la naturaleza se ve amenazada por la actividad del hombre y llegan pocas investigaciones al Ministerio del Medio Ambiente alertando sobre la reforestación y peligro en el que se encuentra el Pino Colombiano, así mismo este Pino veterano de la Guerra de Corea se vio amenazado por la ambición del hombre y su historia, con sus protagonistas; está en las mismas condiciones que el pino colombiano, en vía de extinción.